

“El desencanto democrático” (I)

DANIEL MASIS IVERSON



“El desencanto democrático: crisis de partidos y transición democrática en Centroamérica y Panamá”, del politólogo Rodolfo Cerdas, recientemente publicado por la Red Editorial Iberoamericana, constituye uno de los más notables esfuerzos por estudiar la política comparada de la región en los últimos años. Como es característico del trabajo del

Dr. Cerdas, su solidez apoya, y se apoya, en una profunda vocación por el cambio necesario y urgente en el istmo. En dos breves entregas no podré ir más allá del esbozo de algunas de sus ideas principales, arriesgándome a sobresimplificar una trama compleja; no hay sustituto de la lectura entera de la obra.

Cerdas se propone estudiar la relación entre partidos y sistemas políticos, en el contexto de la transición a la democracia de la región. Costa Rica es el único de los seis países que tiene una democracia consolidada, pero el autor ha revelado similitudes hartamente inquietantes entre nuestro proceso político y el de las otras naciones estudiadas.

En los países del norte (Guatemala, El Salvador, Honduras), el dominio militar de varias décadas se vio acompañado por un repliegue de los partidos políticos; no se crearon sistemas de partidos, sino partidos dentro de un sistema político sordo a las demandas sociales de la población. La actual transición a la democracia que empezó en los años 80, impuesta por la incapacidad de los militares para conducir a sus naciones, y por presiones externas e internas, llama a los partidos a ser lo que deben ser: canalizadores de las demandas sociales y políticas de los pueblos, vehículos de resolución no violenta de conflictos sociales, y conductores de la ciudadanía hacia un futuro promisorio. Lo que sucede, sin embargo, es que, por un lado, hay fuerzas poderosas que pueden todavía elegir y obstaculizar el proceso democrati-

zador y, por otro, que los partidos mismos no están dando la talla. En relación con el primer aspecto, los militares no están todavía, ni mucho menos, sometidos al poder civil. Segundo, aunque importantes sectores empresariales ya se cansaron del sangriento e inoperante gobierno militar y van a la reconquista de espacio para el poder civil, paradójicamente no hay garantía de su preocupación por la protección de los derechos humanos, ni por la resolución de los agudos problemas sociales. Además, tampoco depositan su fe en los partidos. Tercero, para las mayorías, el hambre, la enfermedad y la falta de oportunidades no son datos de cuentas nacionales, sin crueles realidades cotidianas, y la manera de canalizar de modo no violento sus angustias no está aún consolidada.

Cuarto, ninguna de estas sociedades, y por tanto sus distintos sectores sociales, tiene desarrollada una cultura democrática, la cual construye las instituciones necesarias (incluyendo los partidos políticos) para resolver pacíficamente los conflictos sociales, y confiere la paciencia necesaria para que dejen de funcionar.

Solo una de las columnas de la transición se ha colocado hasta ahora: la electoral. Pero una columna no hace un edificio y, además, corre el riesgo de desplomarse sin él. La tarea a la que están llamados los partidos es titánica: construir la institucionalidad política democrática, autoconstruirse como parte de ella y, simultáneamente, como condición de éxito y refuerzo de lo anterior, construir un nuevo proyecto de desarrollo económico y de democracia social. Pero, y este es el segundo aspecto, los partidos no salen adelante con la tarea. La explicación, como veremos, es sociopolítica, pero la imagen que me viene a la mente es cervantina; en las tiendas partidarias no se oye la voz altiva de don Quijote, sino, como decía don Julio Acosta, el masticar de las mandíbulas de Sancho. En este punto; algo más que la frase de don Julio suena familiar, aquí en Costa Rica.